

Una síntesis crítica de la aportación española a la egiptomanía

Alberto Ángel Vela Rodrigo
Universidad de Zaragoza (España)

Una síntesis crítica de la aportación española a la egiptomanía

A critical synthesis of spanish contribution to egyptomania

Alberto Ángel Vela Rodrigo

Universidad de Zaragoza (España)

vela@unizar.es

Fecha de recepción: 27 de noviembre de 2021

Fecha de aceptación: 13 de marzo de 2022

Resumen

El presente trabajo pretende ofrecer una completa síntesis crítica y recopilación actualizada, desde el punto de vista historiográfico, de la aportación española a la egiptomanía. Partiendo de una panorámica de la evolución del interés occidental por el antiguo Egipto se ahondará en los acercamientos políticos, filológicos, coleccionistas y artísticos de España al legado de esa cultura. Se busca, así, destacar la temprana contribución que tuvo el país en el redescubrimiento occidental de la civilización egipcia que acabaría desembocando, a partir de la Campaña napoleónica, en la popularización del gusto por todo lo egipcio. Finalmente, se centrará la atención en las repercusiones artísticas que tuvieron dichas corrientes en España a través de una aproximación a los hitos de su patrimonio neoegipcio.

Palabras clave: Egiptomanía; España; Antiguo Egipto; Patrimonio neoegipcio; Síntesis crítica.

Abstract

The present work intends to offer a complete critical synthesis and updated compilation, from a historiographical point of view of the Spanish contribution to egyptomania. Starting from an overview of the evolution of Western interest in Ancient Egypt, it will delve into the political, philological, collecting and artistic approaches of Spain to the legacy of that culture. Thus, this work seeks to highlight the early contribution that Spain had in the Western rediscovery of Egyptian civilization previous to the Napoleonic Campaign. Finally, attention will be focused on the artistic repercussions that these currents had in Spain through an approach to the milestones of its neo-Egyptian heritage.

Keywords: Egyptomania; Spain; Ancient Egypt; Neo-Egyptian heritage; Critical synthesis.

1. INTRODUCCIÓN Y METODOLOGÍA

La aportación de España a la egiptomanía internacional es un tema de estudio que ha quedado, tradicionalmente, orillado. Este artículo pretende ser una síntesis de dicha aportación y del papel de España en las relaciones occidentales con el legado del antiguo Egipto. Para ello, resulta fundamental establecer una definición clara del término egiptomanía, puesto que en él se viene produciendo una miscelánea de temas de toda condición. Cabe resaltar que, si bien es cierto que el término egiptomanía se populariza a partir de la publicación del cuaderno de viaje *Voyage en Égypte et en Syrie* (1787) de Volney, ya podemos hablar de un interés hacia todo lo egipcio desde la propia Antigüedad, aunque erudito y elitista. En realidad, cuando algo interesa hasta el punto de llegar a la fascinación, es porque creemos que encierra un misterio que buscamos desentrañar para encontrar algo que ya imaginamos de antemano. Por tanto, entenderemos egiptomanía como el interés, casi obsesivo, por todo lo egipcio por parte de pueblos ajenos a Egipto, que se reivindicaban como verdaderos y únicos intérpretes posibles de esta cultura idealizada a la que consideran origen de la auténtica civilización, y no sólo como “el gusto renovado de los europeos del siglo XIX” (Humbert et al., 1994). Este propio interés, unido al avance del método científico en el siglo XVIII y a la campaña napoleónica en Egipto y Siria, acabaría por dar lugar a la egiptología como disciplina. Por nuestra parte y para este estudio, nos centraremos en la temprana naturaleza de aspectos hagiográficos, filológicos y de coleccionismo que se producen en España y que están relacionados con el antiguo Egipto, estableciendo un discurso histórico paralelo al desarrollo internacional inicial de este gusto e interés intelectual. Finalmente y puesto que la propia evolución histórica de España acabó rezagando al país en este asunto, veremos los hitos artísticos fundamentales que surgen como fruto de una corriente de la que será receptora en vez de activamente creadora, como es el arte neoeipcio.

2. CONTEXTO HISTÓRICO

2.1. Una panorámica del primer interés occidental por Egipto

La aproximación fantasiosa y diletante a la cultura, el arte y la historia del Egipto faraónico comenzó ya en la misma Antigüedad, dejando una profunda huella en la mentalidad de griegos y romanos (Gómez, 2003, pp. 34-40). De Egipto sorprendían su fauna y su naturaleza, especialmente el Nilo con sus abundantes crecidas, su religión y su sabiduría (López, 2004, pp. 225-239). A él viajaron poderosos de Roma como Julio César, Adriano y Septimio Severo, historiadores como Plutarco, Diodoro de Sicilia y Heródoto, geógrafos como Estrabón o naturalistas como Plinio el Viejo (Pérez-Largacha, 2004, pp. 111-122). Los textos clásicos abundan en la idea de Egipto como solar de la más antigua de las civilizaciones, madre de todas las demás, y en los poemas de Homero se nombra con frecuencia a Tebas, «la ciudad de las Cien

Puertas» (Galán, 2003, pp. 75-100). El propio Heródoto fue quien nos transmitió los tópicos sobre la riqueza, antigüedad y religiosidad del Egipto faraónico: “Egipto es un don del Nilo” (Heródoto, *Historia, I-II*). Desarrolló su método histórico en Egipto, a través de observaciones *in situ*, toma de testimonios de las tradiciones oral y escrita, recogida de materiales y crítica de fuentes. Pero si nos preguntamos el por qué del interés de este estudioso por Egipto, descubrimos que en realidad lo incluye en su tratado no tanto *per se*, sino porque los valores que él atribuyó a esa idealizada civilización le sirvieron para forzar la comparación con la supuesta barbarie de los persas. Por este motivo Heródoto incluyó, sorprendentemente, todo un libro dedicado a Egipto en el contexto de sus *Historias*, dedicadas al análisis de los conflictos entre los griegos y los persas. Así, con una larga digresión, analiza las bondades del país del Nilo, que terminan con la ocupación persa, del mismo modo que los persas habían sido los responsables de la destrucción de Atenas, patria de Heródoto. Así, se puede afirmar que Heródoto inventó a la vez la Historia y la egiptomanía, ambas condicionadas por intereses políticos y de legitimación. Estas características acompañarían a la egiptomanía en todo su desarrollo, si bien es cierto que hasta muchos siglos más tarde no adquirirá tintes de obsesión de masas, reservándose, por ahora, como afición propia de élites sociales e intelectuales.

Ya en la Antigüedad tardía resulta interesante destacar la figura de Horapolo, al que se suele atribuir la obra *Hieroglyphica*, un total de 189 explicaciones simbólicas de los jeroglíficos que se enmarca dentro de la tradición hermética de la antigüedad (Ferrer, 2018, pp. 311-328). Esta obra sería estudiada también por autores medievales como el nabateo Ibn Wahshiyah (s. X), que intentó identificar el valor fonético de algunos jeroglíficos en comparación con el copto, aunque, sin duda, su mayor proyección se dio entre los humanistas del Renacimiento europeo a través de la anticuaria (El Daly, 2005, p. 71; Ferrer, 2018, pp. 311-328; Volkman, 2018). La obra de Horapolo serviría de base a los *Emblemas* de Alciato o a los repertorios de jeroglíficos de Valeriano Picinelli, y ambas sentarían las pautas decorativas alegóricas de muchos palacios europeos, como el Alcázar Real de Madrid o la Casa Zaporta de Zaragoza, como ejemplos españoles destacados (Esteban, 1995). En la Edad Moderna la fascinación por la cultura faraónica no dejó de crecer. Athanasius Kircher sería el último representante de esa tradición anticuaria multidisciplinar, más intuitiva e imaginativa que científica, que adquiriría un carácter disciplinar y un método de rigor científico definitivo a partir de un acontecimiento clave como fue la Campaña napoleónica a Egipto y Siria y el posterior desciframiento de los jeroglíficos por Champollion. Desde entonces, la imaginación y reinterpretación de lo egipcio se expresaría a través de la literatura y las artes, afectando a todos los ambientes de la vida pública. Poco a poco la egiptomanía afectó a más capas sociales hasta llegar a su “democratización” comercial, mercantil e, incluso, consumista, popularizándose y accediendo grupos sociales cada vez más amplios a conocimientos que antes habían sido reservados a las élites.

2.2. La popularización de lo egipcio y el surgimiento de la egiptomanía moderna

En 1644 Jean de Thévenot empezó a dar a conocer entre sus compatriotas franceses los misterios de Oriente (Thévenot, 1665, pp. 33-51).¹ Esto fue posible gracias a los grabados de su obra *Viaje por el Levante* de modo que, a finales del siglo XVIII, Egipto estará ya plenamente *a la mode* en París, especialmente a partir de la publicación de dos obras. Una en 1785, las *Cartas sobre Egipto* del general Savary, el cual describe su estancia allí entre 1776 y 1779 (Savary, 1785).² La otra es el diario de Volney, publicado con el título *Viaje por Egipto y Siria*, que llevó Napoleón consigo en su expedición a Egipto y Siria (1798-1801) (Volney, 1787).³ En esta campaña, los jefes militares franceses contaron con la compañía de un nutrido grupo de 167 científicos y especialistas de distintas materias reunidos en la *Comisión de las Ciencias y de las Artes de Oriente*, que viajaron con el ejército (Gracia, 2019, pp. 60-64). Entre ellos se encontraba el dibujante y grabador Vivant Denon, que registró todos los monumentos con los que se toparon en su recorrido por el Alto Egipto, posteriormente configurados como láminas para ilustrar su libro *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte*, editado en París en 1802 (Denon, 1798)⁴ Pero, sin duda, el momento clave de la expedición fue el descubrimiento por parte de Pierre-François Bouchard de un bloque de piedra tallada con inscripciones en tres sistemas de escritura en las arenas de la ciudad de Rosetta y su posterior desciframiento por J. F. Champollion.

Así, la Campaña napoleónica de Egipto y Siria se convierte en catalizador de la primera fiebre europea por la cultura egipcia en época moderna: lejana, exótica, misteriosa y extraordinariamente atrayente, empezó a resultar de buen tono conocerla. Las antigüedades traídas del país tras la campaña desatan un furor por lo egipcio, que se extiende por todo el continente europeo sin importar la clase social (Molinero, 2003, pp. 36-43). Es la Francia civilizada –o Inglaterra en su caso– la que se presenta como capaz de comprender y descifrar ese pasado milenario. Frente a la visión de un decadente y poco civilizado Imperio Otomano al que Egipto había estado supeditado durante siglos, las potencias europeas se autoproclaman como las únicas capaces de comprender la cultura faraónica. Se inicia, así, una lucha y competición europea por

1 THÉVENOT, J. de, *Relation d'un voyage fait au Levant*, Paris: L. Billaine, 1665, consultable en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k85317c.image>

2 SAVARY, C. E., *Lettres sur l'Égypte, où l'on offre le parallèle des mœurs anciennes & modernes de ses habitans, où l'on décrit l'état, le commerce, l'agriculture, le gouvernement, l'ancienne religion du pays, & la descente de S. Louis à Damiette, tirée de Joinville & des Auteurs Arabes*, 1ª edición, Paris, 1785, consultable en https://books.google.fr/books?id=dAdQAAAAYAAJ&hl=fr&source=gbs_navlinks_s

3 VOLNEY, C. F., *Voyage en Syrie et en Égypte, pendant les années 1783, 1784 & 1785*, 2, Paris, 1787, consultable en : <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1041132.image>

4 DENON, V., *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte*, La edición consultada corresponde a 1990 en París.

“salvar” ese patrimonio, dentro de un contexto de imperialismo político y económico que descubre en Oriente una riqueza cultural que no alcanza a comprender plenamente pero que desea poseer. Tan exótico resultará un obelisco egipcio en un jardín inglés como una odalisca representada en un cuadro en un museo. Cientos de personas desearán viajar a Egipto para conocer los monumentos que han visto en los grabados o leído en sus descripciones y relatos (Gómez, 2003, p. 38). De este modo, todas las esferas de la vida pública y privada se impregnan de «egipcianismo», especialmente tras el ascenso de Napoleón a emperador: la arquitectura comienza a imitar formas nilóticas, la orfebrería copia el estilo faraónico de collares, diademas y brazaletes (prestigiosos orfebres como Cartier, Lalique y Boucheron se inspiran en ello para sus colecciones), la producción literaria y artística se impregna de la temática, y el mobiliario adopta detalles palmeados o adintelados en lo que se conocerá como estilo «*retour a l'Égypte*» (Humbert, 1993, p.18). Como veremos a continuación, España tomará parte de esta corriente activamente en un afán de converger con las grandes potencias europeas del momento, en el contexto del orientalismo y el imperialismo que protagonizaron, pugnando entre sí por apropiarse del prestigio de la milenaria y exótica cultura faraónica para reafirmar su cualidad de potencia.

3. EL INTERÉS ESPAÑOL POR EGIPTO

3.1. Visión histórica de una temprana aproximación multifacética

En el caso de España, el primer interés documentado por Egipto data de la dama caesaraugustana Funisulana Vetula, hija o hermana de un senador de nombre Funisulano Vetoniano, en el año 51 (Beltrán, 2013, pp. 641-652). Esta mujer está atestiguada en una inscripción egipcia del año 82 en la rodilla de la pierna izquierda del coloso de Memnón en la que se dice esposa de C. Tettius Africanus (Cassianus Priscus), prefecto de Egipto, caballero originario de Asís. Ya en la Antigüedad Tardía, hemos de mencionar a la monja gallega Egeria que recorrió Tierra Santa, el norte de Egipto y la península del Sinaí en los últimos años del siglo IV (377-388) intentando identificar localizaciones bíblicas. Sabemos que Egeria visitó Alejandría, Menfis y las pirámides de Giza; tal vez Tanis (la tierra de Goshen) y el Mar Rojo, según afirma en su manuscrito *Peregrinatio ad loca sancta*, descubierto en Italia en 1883 (Gómez-Largacha, 1997). De ella deriva el error de considerar las pirámides como graneros utilizados por el propio patriarca José, como vemos que se recogió en los mosaicos del nártex de la basílica de San Marcos en Venecia (s. XIII) (Alonso, 1996) [Fig. 1]. Su interés es, por tanto, puramente hagiográfico.

España pudo ser, en parte, pionera en el acercamiento de Egipto y sus misterios al mundo occidental, puesto que el propio rey Felipe II, dentro de la corriente ocultista, decíase descendiente del dios Osiris, según genealogías míticas de Annio de Viterbo, que escogió personajes divinos de la Antigüedad para vincularlos al árbol

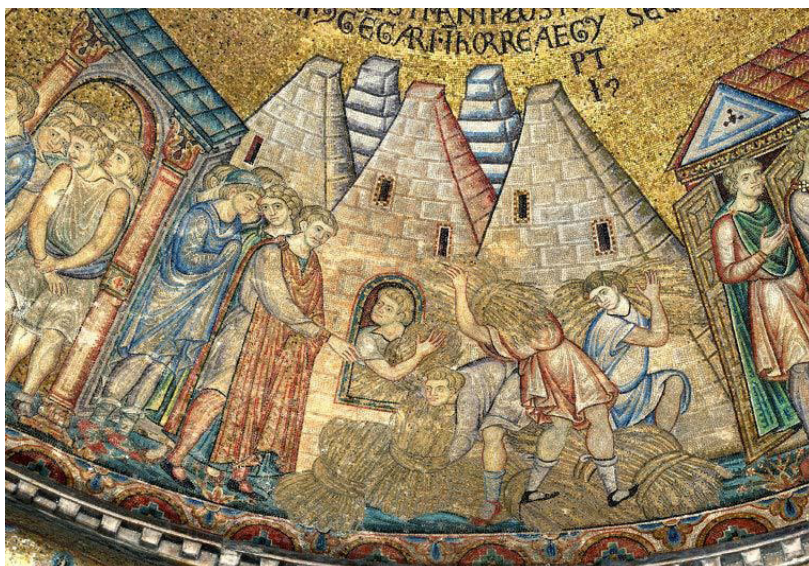


Figura 1. Detalle de los mosaicos del nártex de San Marcos de Venecia, *José en Egipto*, s. XIII. Imagen: Manuel Parada.

genealógico de la corona española (García-Marrasé, 2019). Hay que tener en cuenta que en la biblioteca del Monasterio de El Escorial que mandó construir el rey, entre las alegorías de los saberes y los retratos de sabios de la Antigüedad, se incluye un fresco de Tibaldi con los sabios egipcios haciendo dibujos de geometría en las arenas del Nilo (García-Marrasé, 2019, p. 354) [Fig. 2]. A su vez, la biblioteca también posee en sus fondos un dibujo de Francisco de Holanda del *Cuaderno de las Antigüedades* (1539-1541). Este dibujo muestra una escultura identificada entonces como la Reina Cleopatra, descubierta en un jardín romano en época del Papa Julio II, y que se ubicó sobre un sarcófago dentro de una gruta (Castro, 2014, p. 51) [Fig. 3]. Este cuaderno incluye asimismo otros dibujos de estatuas egipcias conservadas en Roma y es un testimonio del interés por incluir temas egipcizantes entre las antigüedades que interesaban a los eruditos y los diletantes del Renacimiento.

No queda ahí el nexo real con el país del Nilo. El rey Felipe V aprobó el 16 de marzo de 1743 un proyecto de anexión del Alto Egipto y los países del mar Rojo a España diseñado por el Conde de Esneval, finalmente desterrado por la entrada de nuestro país en la guerra de sucesión de Austria (Toda i Güell, 1889, pp. 433-444).⁵ Esneval, general del rey de Dinamarca y naturalizado español, fue dotado por el rey con dos buques, pero su afán de aumentar su patrimonio personal hizo que se dirigiera a Córcega en vez de al Mar Rojo, donde sería capturado, poniendo así fin a tan extraordinaria aventura. Este proyecto no surge del azar, sino que formó parte de

⁵ Toda i Güell remite al legajo n.º 3.013 de los papeles de Estado entonces depositados en el Archivo General Central del Reino en Alcalá de Henares.



Figura 2. *Fresco de los sacerdotes egipcios* de Tibaldi, 1565, Biblioteca de El Escorial. Imagen: Patrimonio Nacional



Figura 3. Francisco de Holanda, *Reina Cleopatra*, *Cuaderno de las Antigualhas*, 1539-41. Imagen: Biblioteca de El Escorial.

las políticas de Felipe V de control del norte de África, siguiendo la estela de otras expediciones españolas como la de Orán y Mazalquivir de 1732 (Sánchez, 1991). Además, en el ámbito del coleccionismo, Felipe V adquirió trece ídolos egipcios para su colección de la Granja de San Ildefonso, procedentes de diversas colecciones romanas, muchos de los cuales fueron destruidos por las tropas invasoras de Napoleón. Sin embargo, conocemos su existencia y aspecto ya que fueron dibujados para el catálogo realizado por el abad Ajello, teólogo del monasterio de Galla, en Messina⁶. [Fig. 4 y 5]. Doce de las figuras fueron compradas al marqués del Carpio, algunas de las cuales lograron sobrevivir, como el busto romano-egipcio de basalto negro que representa a un joven faraón, hoy en el Museo del Prado y anteriormente perteneciente a la colección de Cristina de Suecia [Fig. 6]; otras nueve procedían de la del cardenal romano Camillo Massimo, adquiridas en 1650 y encontradas en la Villa Adriana de Tívoli (Schröder, 2004, pp. 455-463).

Precisamente, el interés por Egipto en el ámbito cortesano unido a la gran tradición filológica española en lenguas semíticas llevó al Padre Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), filólogo y escritor polifacético, a ser uno de los primeros eruditos en introducirse en el estudio de los jeroglíficos en nuestro país (Fuertes, 2006, pp. 595-608). Esta aproximación a la lengua egipcia desde el mundo eclesiástico sigue la estela marcada por otros muchos sacerdotes humanistas en España, tradicionalmente

⁶ Los dibujos realizados por el abad Allejo pueden consultarse en: https://www.museodelprado.es/coleccion/obras-de-arte?eaidoc:p14_carried_out_by@@@pm:author@@@eaidoc:p131_E82_p102_has_title=ajello,%20eutichio@es

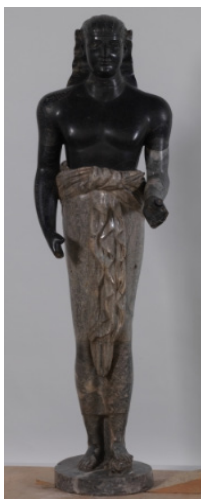


Figura 4. Faraón (?), lápiz sobre papel, s. XVIII, 48 x 33,7 cm. Eutichio Ajello; Figura 5. Sacerdote egipcio, 130-140 d.C. Mármol gris, 170 x 46 cm. Figura 6. Busto de faraón, 130-140 d.C, basalto negro, 54 x 37 cm. Imágenes: Museo del Prado.

expertos en lenguas semíticas y protagonistas de grandes proyectos editoriales a lo largo de los siglos, como la Biblia Políglota Complutense del Cardenal Cisneros y la Biblia de Arias Montano, esta última una revisión de la anterior y que fue conocida también como la Biblia Regia de Felipe II, el mayor proyecto editorial y filológico de la Europa de su época. El padre Hervás, enraizado en la tradición filológica española, seguramente estaba bien informado de todos los acontecimientos que sucedían a nivel internacional, y conocía los deseos expansionistas de Francia en Egipto, al igual que el anterior proyecto de conquista de Felipe V. Podía haber, por tanto, intereses políticos muy claros en dicha aproximación a los jeroglíficos, más allá de la mera erudición filológica de tan importante escuela. Así, desarrolló una teoría que consideraba el origen alfabético de la escritura egipcia a partir de la utilizada por los hebreos y, si bien resultó errónea, fue un interesante intento de aproximación a los trabajos que enriquecería los de otros estudiosos europeos de la época.

Ya en el siglo XIX, el etnógrafo y astrónomo Domingo Badía Leblich (1767-1818), conocido como Alí Bey el Abbasi (cuando viajaba como espía de Godoy por Oriente Medio y el norte de África arabizaba su nombre, haciéndose pasar por un príncipe árabe), fue el primer español del que se tiene constancia que viajara a Egipto con fines investigadores (Fredera, 2003, pp. 439-454). Allí observó y describió en 1806 algunos de los más grandes monumentos de Alejandría y de las inmediaciones de El Cairo, dedicando grandes elogios a los obeliscos de Tutmosis III que él llamaba «agujas de Cleopatra», publicando sus observaciones, treinta años más tarde, bajo el título *Viajes del Príncipe Ali Bey El Abbasi en Marruecos, Trípoli, Chipre, Egipto, Arabia, Siria y Turquía*, escritos por él mismo e ilustrados con mapas y numerosos grabados (Barceló, 1982, p. 297-298). Con su agudo criterio y gran sentido de la

observación, describió acertadamente la forma física de las pirámides, e incluso realizó un acercamiento al porqué de su construcción, según sus propias palabras: «...está igualmente resuelto el problema del destino de las pirámides: fueron elevadas para servir de última mansión a los soberanos...» (Barceló, 1982, p. 328).

Entre los diversos personajes españoles que visitaron Egipto también encontramos, como en otros países europeos, algún que otro expoliador. Este es el caso del mercader de origen sefardí Salomón Fernández, residente en Egipto entre 1830 y 1860, periodo en el que se enriqueció localizando yacimientos arqueológicos, expoliándolos y vendiendo las piezas en circuitos privados. Es más, se cree que fue Salomón y no Mariette quien vendió la famosa escultura del «Escriba Sentado» al museo del Louvre por 150 francos (López, 2004).

Pero si hubo un acontecimiento que marcó el devenir del siglo XIX y avivó el fuego de la pasión por lo egipcio ese fue la apertura del Canal de Suez (1869-1870), cuya fastuosa ceremonia, para la que Verdi compuso su ópera Aída, reunió a las personalidades más importantes, encabezadas por la Emperatriz de Francia, la española Eugenia de Montijo. Será entonces cuando miembros de la acaudalada burguesía publicarán los relatos de sus diarios de viajes al país, convirtiéndose en una cuestión de prestigio social y buen tono, que aportaba un aire de aventura y exotismo orientalista muy de moda en ese momento. Surgen así, en 1870, publicaciones sin ningún rigor histórico como *La novela del Egipto: viaje imaginario a la apertura del Canal de Suez*, editado en Madrid, que describe el viaje de un español al Nilo en 1869, contado a través de la figura del médico José Castro y Serrano, o en 1882, *Viaje a Egipto y Palestina y otros países de Oriente*, editado en Lugo y escrito por otro médico, Narciso Pérez Reoyo (Castro, 1869). El autor nos describe su experiencia en un viaje realizado en el año 1875, describiendo las pirámides de Gizeh, Abusir, Dashur, Maidum, la escalonada de Zoser y las ruinas de Heliópolis (Pérez-Reoyo, 1882).

En 1873-74, los estudiantes Rodrigo Amador de los Ríos y Manuel Aníbal Álvarez Amoroso, pensionados de arquitectura en la Academia de Bellas Artes de Roma fueron los primeros españoles que exploraron los monumentos del Alto Egipto, pese a los escasos recursos de la Academia (Bru, 1971, pp. 138-139). El primero de ellos realizó como trabajo de segundo curso, dentro de sus obligaciones como pensionado, un estudio del templo de Luxor. Por otro lado, en el mismo año de la apertura del Canal, España envió una misión de exploración científica a Alejandría, entre otras ciudades mediterráneas, en la fragata Arapiles, bajo la dirección del abogado y arqueólogo orientalista Juan de Dios de la Rada y Delgado (1827- 1901), abriendo una nueva etapa de interés científico por el mundo egipcio⁷. Uno de los objetivos del viaje buscaba adquirir una buena colección de piezas arqueológicas egipcias con las que nutrir los fondos del Museo Arqueológico Nacional, algo que no pudo suceder por la escasez de medios con que contaba la fragata, a excepción de una

7 De la Rada y Delgado era director del MAN en ese momento.

cabeza de granito de un joven faraón de época ptolemaica y 22 cajones de piezas de menor importancia (Rada y Delgado, 1876, p. 8; López-Giménez, 1966, pp. 211-214).

Durante esos años, en torno a la apertura del Canal, la egiptomanía ya se había extendido por Europa y EE.UU., lo que produjo la suficiente sensibilización en nuestro país como para que vieran la luz numerosas publicaciones, entre las que cabe destacar *La religión Egipcia* (1864), discurso de inauguración del Curso Académico 1884-85 de la Universidad de Madrid, del catedrático de Historia Miguel Morayta (Molinero, 2011, pp. 131-150). De igual modo, el Profesor Antonio Balbín de Unquera, leyó su *Discurso Inaugural del Año Académico de 1865* ante la Real Academia Española de Arqueología y Geografía, cuyo tema central fue la arqueología egipcia, y en 1878, el Profesor D. A. García Moreno dedicó al Antiguo Egipto el capítulo VI de su libro *Introducción a la Historia y nociones generales de Historia de Oriente* (López, 1966, p. 236; García-Moreno, 1878). Sin embargo, no será hasta 1883 cuando surja el primer manual moderno sobre la historia de Egipto escrito por un español, el interesante Volumen I del *Compendio de Historia Universal: Edad Prehistórica y Período Oriental*, de Manuel Sales y Ferré (Ulldecona, 1843 - Vinaroz, 1910), Catedrático de la Universidad de Sevilla (Sales, 1883). Pero sin duda alguna, la figura más importante en el surgimiento del interés por la egiptología en España fue la de Eduardo Toda i Güell (1855 - 1941), Cónsul General de España en El Cairo de 1884 a 1886. Desde su llegada a Alejandría, trabó amistad con Gaston Maspero, que acababa de sustituir a Mariette como Director del Museo de El Cairo y del Servicio de Antigüedades egipcio en ese momento, uniéndose a su expedición el 7 de enero de 1886 a bordo del vapor *Bulaq*, junto a Wilbour, Grébour, Bouriant e Insinger, y remontando el Nilo hasta Luxor, donde estaban realizando trabajos de limpieza en un templo de la Ciudad de los Obreros de Deir el-Medina (Molinero, 2017, pp. 291-318). Toda narra, de manera detallada, sus impresiones de este viaje y las experiencias vividas en una de sus principales obras, *A través del Egipto*, editada en Madrid y publicada en 1889 (Toda i Güell, 1887, pp. 14-21).

En Deir el-Medina tuvo la inmensa suerte de presenciar el descubrimiento de la tumba piramidal de Senedyem, la TT1, de la XX dinastía, única intacta que había aparecido en el país hasta la fecha. Maspero encargó a Toda la responsabilidad de vaciar la tumba, fotografiarla y redactar su inventario, trabajo que duró tres días y para el que sólo le proporcionaron a siete hombres. A partir de dichas fotografías, el dibujante José Riudavets elaboró las planchas de grabado que ilustrarían la publicación de los datos de la tumba en el capítulo XXV de *A través del Egipto*; mientras el egiptólogo Urbain Bouriant ayudaba a Toda a traducir la copia que realizó de los textos de la misma (Padró, 1987, pp. 107-124; Toda i Güell, 1887, p. 63). La mayor parte de los objetos encontrados terminó en los fondos del Museo de El Cairo (Sala 17) y en EE.UU. y sólo una caja de madera de Ushebtis de Ja-Bejent pasó a engrosar la colección del MAN en Madrid junto a otras piezas que se exhiben hoy en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer.

3.2. El arte neogipcio español: una cuestión de moda y buen tono

Con estos antecedentes no es de extrañar que España también sucumbiera a la fiebre artística que recorrió Europa, en diversas oleadas, desde la Campaña napoleónica a Egipto y Siria. Durante los siglos XVIII y XIX, el estilo neogipcio es adoptado en distintos espacios públicos y privados, no sólo por una cuestión de moda y gusto por todo lo oriental, sino como una carrera competitiva en la presentación de la modernidad europea y como afianzamiento del poder burgués. Las potencias occidentales miran a Egipto en un intento de imitación de la grandiosa cultura faraónica, pero también compiten entre sí por el conocimiento científico de la Antigüedad, haciendo acopio de numerosas piezas que engrosan las colecciones museísticas. Egipto está de moda, y seguir la moda significa estar a la vanguardia cultural y social. Así, la aristocracia española manda construir o diseñar proyectos para remodelaciones de corte estético egipcio en sus palacios, como el boceto de Silvestre Pérez, que se conserva en la Biblioteca Nacional, para la sala del palacio de la marquesa de Santiago en 1800 (Sagar, 1996, pp. 367-381). Los espacios públicos no se quedan atrás, y en el madrileño Parque del Retiro se instala entre 1819 y 1850



Figura 7. Isidro Velázquez, *Fuente egipcia del dios Canopo*, fotografía, principios del s. XX, Parque de El Retiro. Imagen: Revista *La Ilustración Española y Americana*.

la Fuente Egipcia del dios Canopo, proyectada por el arquitecto Isidro Velázquez (1765-1840) para embellecer la orilla meridional del Estanque Grande (Rivas, 2015, p.15; Alonso, 1992, pp. 197-208). Concebida para enmascarar un depósito de agua venía a referenciar arquitectónica y escultóricamente la grandeza faraónica. La fuente está formada por un frontón con un vaso canopo estrigilado en su centro, el cual se apoya en un dado con un grifo y un pilón circular a sus pies. A los lados, dos pedestales sobre los que descansan sendas esfinges simétricamente afrontadas; y en el vértice central se colocó un fragmento de columna clásica sobre la que se asentaba una escultura de Antinoo-Osiris, hoy desaparecida, pero que se apreciaba en las fotografías y dibujos de la época, como los publicados en la revista *La Ilustración Española y Americana* a principios del siglo XX [Fig. 7] <https://gacetinmadrid>.

com/2022/03/20/madrid-ciudadania-y-patrimonio-propone-reponer-el-idolo-egipcio-de-el-retiro/

Casi a la vez que empezaba la instalación de la fuente en El Retiro, el mismo arquitecto erigía en el Paseo del Prado en 1821 un obelisco sobre basamento



Figura 8. Isidro Velázquez, *Monumento a los héroes del 2 de mayo*, 1821 y 1836-40, Madrid. Imagen: wikicommons.

neogriego como Monumento a los héroes del 2 de mayo (Saguar, 1996, p. 380) [Fig. 8]. Para este obelisco se inspiró en su diseño previo de un cenotafio para las exequias de la reina María Isabel de Braganza de 1819, cuyo boceto se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. También en la capital de España existen otros ejemplos importantes de detalles egiptizantes, con alto contenido simbólico, en las fachadas de algunos de sus principales edificios públicos. Encontramos detalles de cabezas hathóricas en la fachada del antiguo Palacio de Comunicaciones (1907-1919), hoy Ayuntamiento de la capital, y un busto de faraón en las ventanas del piso bajo de la Biblioteca Nacional de España (1866-1892), en el Paseo de Recoletos (Saguar, 1997, pp. 386-406) [Fig. 9].



Figura 9. *Biblioteca Nacional*, Madrid. Imagen: Tomás Cancela

En el primer caso, el arquitecto Antonio Palacios, introdujo estos detalles egipcios, junto a otros aztecas y de diversas culturas del mundo, atendiendo a la dimensión de alcance mundial que tenía el edificio de Correos, mientras en el caso de la Biblioteca Nacional, el busto faraónico puede referenciar, de una manera sutil e ilustrada, a la histórica y desaparecida Biblioteca de Alejandría, cuna del saber de la Humanidad o, simplemente, aludir a la doble función del conjunto como Palacio-Biblioteca y Museos Nacionales. Otro interesante ejemplo, esta vez de un conjunto residencial privado, se encuentra en las esfinges custodias de las verjas de entrada del neoclásico Palacio de Liria en Madrid, perteneciente a la Casa Ducal de Alba [Fig. 10]. Fue Ventura Rodríguez quien diseñó los jardines siguiendo modelos franceses del siglo XVIII, pero incorporando caprichos arquitectónicos egipcios tan de moda en la Europa del momento, y especialmente presentes en los jardines de Gran Bretaña, como los de Chiswick House en Londres. [Fig. 11]. De este modo

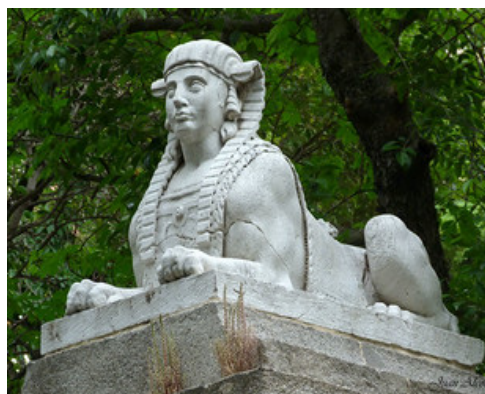


Figura 10. *Esfinge del palacio de Liria* en Madrid. Imagen: biodiversidadcultural.org



Figura 11. *Esfinge de Chiswick House* en Londres. Imagen: Wikicommons

se introducía una referencia a la altísima posición social y cultural de su propietario, que le permitía estar a la vanguardia de las modas europeas del momento, y se hacía también un guiño al origen del mismo.

Entre los ejemplos de mobiliario en España, merece una mención especial, por la majestuosidad y el uso protocolario que se le ha dado, la mesa de las esfinges del Palacio Real, de Jean-Démosthène Dugourc y Pierre-Philippe Thomire (Gonzales, 2014, pp. 100-113). Esta mesa de madera dorada y piedras duras posee seis esfinges tocadas con *klaft* y rematadas con capiteles con palmetas, motivo decorativo que se repetirá constantemente en muebles, porcelana, relojes y otros elementos de artes suntuarias de finales del s. XVIII y principios del s. XIX (Percier & Fontaine, 1812). [Fig. 12]. No resulta casual emplear elementos faraónicos en la decoración de una mesa honorífica, destinada, todavía hoy, a la firma de tratados internacionales y cuestiones de la máxima importancia política para España. Las esfinges en Egipto eran símbolo de la realeza; representaban la fuerza y el poder del león, alegoría y



Figura 12. *La mesa de las esfinges*, s. XVIII-XIX, 100 x 185,7 x 105 cm, Palacio Real, Madrid. Imagen: Patrimonio Nacional.



Figura 13. Detalle de la entrada de la *Pastelería La Flor de Almibar Fantoba*, 1856, Zaragoza. Imagen: el autor.

atributo que también heredaron las monarquías europeas en su representación del mismo, pero esta vez bajo la mirada serena e inquisitiva de las cabezas faraónicas que vigilan y custodian los tratados que sobre ellas se firman. Su uso decorativo establece una equivalencia entre el poder divino del faraón y el poder del Rey de España en la época, y por extensión, se destaca la consabida vinculación entre realeza y divinidad. Hoy en día, la mesa y su decoración siguen siendo objeto de representación del poder político al más alto nivel.

Pero no sólo la capital de España disfrutaba de la fiebre orientalista; también en las capitales de provincia encontramos ejemplos de establecimientos centenarios diseñados conforme a este gusto ecléctico que todavía perduran; en Zaragoza, la pastelería Fantoba contrató al arquitecto municipal Ricardo Magdalena (1849 - 1910) para que diseñara la fachada e interiores de su establecimiento (Hernando, 1994, pp. 451-470) [Fig. 13]. Para ello, Magdalena utilizó madera de roble, con la que recreó en el exterior columnas hathóricas, y en el interior dos estanterías y un mostrador sostenido por pequeñas columnas de capitel lotiforme y grandes piezas de azulejería que configuran una decoración simétrica, acompañado todo de pinturas de Navarro que ilustran momentos de la vida cotidiana del Antiguo Egipto. Se trataba de la moda del momento, pero su elección pudo no resultar tan casual si se tiene en cuenta el aura de exotismo y lujo que aportaba a un espacio destinado al consumo de productos para un público selecto. Es, por tanto, un espacio en el que el poderío faraónico y el poder económico burgués establecen un paralelismo simbólico.

Y del mundo del dulce, el gusto por lo egipcio se deslizó también al mundo funerario; entre los ejemplos más interesantes de mausoleos pueden citarse algunos

del cementerio de Zaragoza, como el proyectado para la familia Herrero en 1920 por Miguel Ángel Navarro [Fig. 14] o del de Montjuïc (Barcelona) como el de la familia Batlló (1885) diseñado por el arquitecto Josep Vilaseca (1849-1910), el de la familia de Pilar Soler realizado por Leandre Albareda Petit (1852-1912), [Fig.15] quien fue arquitecto municipal encargado del diseño de dicho cementerio (Navascués, 1993; Sagar, 2006). Enterrarse «a la egipcia» demostraba poseer un aura de intelectualidad y buen gusto, ser un auténtico conocedor de las modas orientalistas del momento, pero no sólo eso. Enterrarse, simbólicamente, al modo de los más poderosos faraones, los del Imperio Antiguo, establecía un paralelismo con el poder real, en un intento burgués por afianzar la posición familiar y social. Por tanto, la burguesía, en su deseo constante de imitación de las formas aristocráticas y reales, competía por asentar su poder y dominio en la sociedad del siglo XIX.



Figura 14. Panteón de José Herrero. Cementerio de Torrero, 1918, Zaragoza, Imagen: Chus Marchador

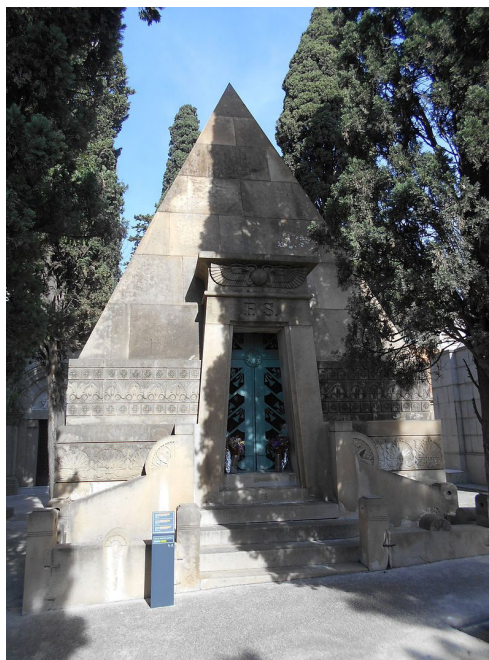


Figura 15. Panteón de Pilar Soler en Montjuïc, 1894, Barcelona, Imagen: Wikiwand.

Así, la pasión por Egipto se convierte en auténtica egiptomanía, en una devoción irresistible, llegando a un paroxismo que no volverá a igualarse hasta otra gran oleada, la de 1922, con el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón (Martínez & Seco, 2017). Como consecuencia, las potencias europeas se lanzan sobre el país, en una carrera febril por hacerse con el mayor número de antigüedades posible, llegando a cuestionarse sus propias cualidades de potencia en función del prestigio de sus colecciones egipcias.

4. CONCLUSIONES

España participó, activamente, en el acercamiento occidental a la cultura faraónica, tanto desde el ámbito regio como desde el eclesiástico, remontándose esta relación con Egipto hasta la propia antigüedad tardía, como es el caso del viaje de la monja hispana Egeria y sus observaciones sobre las pirámides en su hipotético uso como graneros. Muy destacable es el temprano acercamiento del Padre Lorenzo Hervás y Panduro al estudio de los jeroglíficos, dentro de la rica tradición filológica española, aunque también con una más que probable intención política en el tablero internacional. Las aproximaciones a la antigüedad egipcia, tanto por parte de España como del resto de potencias europeas, siempre han tenido un componente de poder y pugna por el control político, bien para legitimar y ensalzar los orígenes divinos familiares, como es el caso de Felipe II, bien para controlar el Mediterráneo, como sabemos que intentó Felipe V con su plan de anexión de Egipto. Posteriormente, con el renacer de la egiptomanía en Europa tras la campaña de Napoleón, la moda por lo oriental es bien acogida en España por la aristocracia y por una creciente burguesía ilustrada, que vuelven a competir entre sí y con sus iguales europeos, esta vez en el ámbito cultural y social, por apropiarse del prestigio de la milenaria y exótica civilización del Nilo. Así, se inauguraron edificios de gusto neoegeptizante, y el eclecticismo de los ornamentos introdujo referencias a la antigüedad nilótica tanto en ámbitos gubernamentales como privados. Pastelerías, bancos, fuentes, bibliotecas y mausoleos adoptaron mascarones faraónicos, cabezas hathóricas, golas en los dinteles y formas piramidales, en un intento de dotar a sus moradores de una marcada pátina cultural y de asentar su posición social. A todo ello contribuyó también la labor de profesionales liberales, especialmente médicos y abogados, como José Castro y Serrano y Narciso Pérez Reoyo, que dejaron por escrito sus impresiones sobre sus viajes a Egipto en obras que pronto circularon por los salones más selectos. Sin duda, a esta fiebre egiptológica contribuyó muy especialmente, en el caso español, la figura de Eduardo Toda, diplomático y padre de la egiptología en nuestro país, cuya obra serviría para establecer la base de algunas de las mejores colecciones egipcias de los museos españoles.

5. BIBLIOGRAFÍA

a) Fuentes Clásicas.

HERÓDOTO, *Historia* (Libros I-II) = BALASCH, M. (2006), *Heródoto, Historia*, Madrid, Cátedra.

b) Estudios.

Alfonso Hernán, E. (1979). *Compendio de Gramática Jeroglífica del Egipto Clásico*. Barcelona: Instituto Naturalista Belsolla.

- Alonso de la Sota, A. M. (1992-1994). Una manifestación de la Egiptomanía española del siglo XIX: el caso de Madrid. *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, n. 4-5, pp. 197-208.
- Arce, A. (ed.) (1996). *Itinerario de la Virgen Egeria (381-384)*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Barceló Luque, J. (ed.) (1982). *Viajes del Príncipe Ali Bey El Abbassi por Marruecos, Trípoli, Chipre, Egipto, Arabia, Siria y Turquía*. Madrid: El Museo Universal.
- Bru Romo, M. (1971). *La Academia Española de Bellas Artes en Roma*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Castro Santamaría, A. (2014). *Ilustres suicidas: Cleopatra y Lucrecia en palacios salmantinos del siglo XVI*. León: Ediciones el Forastero.
- Castro y Serrano, J. (1870). *La novela del Egipto: viaje imaginario a la apertura del Canal de Suez*. Madrid, Imprenta de T. Fortanet.
- Celada Abad, B. (1968). *Egipto y la Biblia*. Madrid.
- Curl, J. S. (1994). *Egyptomania: The Egyptian Revival as a Recurring Theme in the History of Taste*. Manchester: Manchester University Press.
- Denon, V. (1990). *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte*. París: Pygmalion.
- El-Daly, O. (2005). *Egyptology: The Missing Millennium. Ancient Egypt in Medieval Arabic Writings*. Londres: UCL Press.
- Esteban Lorente, J. F. (1995). *El palacio de Zaporta y Patio de la Infanta*. Zaragoza: Ibercaja.
- Ferrer Ventosa, R. (2018). Pensando en imágenes jeroglíficas: de la tradición hermética en el Renacimiento a las vanguardias hasta el arte contemporáneo. *Arte, individuo y sociedad*, n. 30 (2), pp. 311-328. DOI: <https://doi.org/10.5209/ARIS.56941>
- Fredera, J. M. (2003). Domingo Badía Lebllich / “Alí Bey el-Abbassi”, una idea sin estado. En: *1802, España entre dos siglos* (Sociedad y cultura). Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (SECC), v. 3, pp. 439-454.
- Fuertes Gutiérrez, M. (2006). Aportaciones de Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809) al debate sobre la lengua primitiva. En: *Caminos actuales de la historiografía lingüística: actas del V Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía lingüística*. Murcia: Universidad de Murcia, v. 1, pp. 595-608.
- Galán Allué, J. M. (2003). Egipto detrás de la Odisea. En: Cabrera Bonet, P. y Olmos Romera, R. (eds.). *Sobre la Odisea visiones desde el mito y la arqueología*. Madrid: Polifemo, pp. 75-100.
- García Marrasé, N. E. (2019). *La huella de Osiris en tiempos de Felipe II*, (tesis doctoral), Universidad Autónoma de Barcelona.
- García Moreno, A. (1878). *Introducción a la Historia y nociones generales de Historia de Oriente*. Madrid: F. Góngora y Compañía.

- Gómez del Campillo, F. (1893). Consideraciones sobre el derecho egipcio I. *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, v. 41, n. 82, pp. 299-309.
- Gómez Espelosín, J. y Pérez Largacha, A. (2003). *Egiptomanía: el mito de Egipto de los griegos a nosotros*. Madrid: Alianza Editorial.
- González-Palacios, A. (2014). La mesa de las esfinges. *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional*, n. 200, pp. 100-113.
- Gracia Alonso, F. (2019). Sabios para una guerra. La Comisión de las Ciencias y las Artes en la expedición a Egipto. *Desperta Ferro: Historia moderna*, n. 40, pp. 60-64.
- Hernández Martínez, A. y Hernando Sebastián, P. L. (1994). Entre lotos y papiros: el estilo neoeipcio en Zaragoza. *Artigrama*, n. 11, pp. 451-470.
- Hernández de la Fuente, D. (2013). Egipto como utopía: sobre el ‘Busiris’ de Isócrates y su posible relación con el pensamiento político de Platón. *Cuadernos de filología clásica*, n. 23, pp. 189-205. DOI: https://doi.org/10.5209/rev_CFCG.2013.v23.41548
- Humbert, J.-M. (1989). *L'égyptomanie dans l'art occidental*. Paris: ACR Éd.
- Humbert, J.-M.; Pantazzi, M. y Ziegler, C. (eds.) (1994). *Egyptomania: L'Égypte dans l'art occidental, 1730-1930*. Paris: Réunion des Musées Nationaux.
- Humbert, J.-M. y Price, C. (eds.) (2003). *Imhotep Today: Egyptianizing architecture*. Londres: UCL Press.
- López Giménez, J. (1966). *Las inscripciones rupestres faraónicas entre Korosko y Kasr Ibrim (Orilla oriental del Nilo)*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.
- López Grande, M. J. (2004). *Relatos y estampas de los viajeros del siglo XIX*. Madrid.
- López Grande, M. J. (2004). El viaje a Egipto. Primeros viajeros españoles y primeras miradas de la investigación española hacia las tierras del Nilo. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid (CuPAUAM)*, n. 30, pp. 225-239. DOI: <https://doi.org/10.15366/cupauam2004.30.015>
- López López, R. (2000). La piedra de Rosetta: creación, descubrimiento y desciframiento. *Revista de arqueología*, año 21, n. 227, pp. 16-25.
- Martínez Babón, J. y Seco Álvarez, M. (2017). *Tutankhamón en España: Howard Carter, el Duque de Alba y las conferencias de Madrid*. Sevilla: Fundación José María Lara.
- Molinero Polo, M. A. (2003). La egiptología en España (y II): los descubrimientos de Nubia y el nacimiento de la egiptomanía. *Clío: Revista de Historia*, n. 24, pp. 36-43.
- Molinero Polo, M. A. (2011). El Egipto antiguo en la controversia académica española del siglo XIX. El discurso de Miguel Morayta en la Universidad Central, octubre de 1884. *Bandue: revista de la Asociación Española de Ciencias de las Religiones*, n. 5, pp. 131-150.

- Molinero Polo, M. A. (2017). Eduard Toda i Güell en Egipto (1884-1886). *Aula orientalis*, 35-2, pp. 291-318.
- Murúa y Valerdi, A. (1902). La Química y la Farmacia entre los egipcios. *Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes*. Barcelona: Real Academia de Ciencias y Artes, VII, 10.
- Navascués Palacio, P. (1993). *Arquitectura española: 1808-1914*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Padró Parcerisa, J. (1987). La transcripción castellana de los nombres propios egipcios. *Aula Orientalis*, n. 5, pp. 107-124.
- Percier, C. y Fontaine, P. (1812). *Recueil de décorations intérieures*. París: les auteurs.
- Pérez Largacha, A. (2004). Heródoto y la arqueología egipcia. *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año 40, pp. 111-122.
- Pérez Reoyo, N. (1882). *Viaje a Egipto y Palestina y otros países de Oriente*. Lugo: Juan María Bravos.
- Rada y Delgado, J. de D. de la (1876). *Viaje a Oriente de la Fragata de guerra «Arapiles»*. Barcelona: Ed. Emilio Olivier.
- Ray, M. J. D. (1990). Thomas Young et Champollion. *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*, n. 119, pp. 25-34.
- Saguar Quer, C. (1996). De la Vallée des Rois à la “Valle de los Caídos”: pyramides, obélisques et hypogées dans l’architecture espagnole. En: J.-M. Humbert (dir.). *Actas del Coloquio Internacional L'égyptomanie à l'épreuve de l'archéologie* (1994). París: Museo del Louvre, pp. 305-341.
- Saguar Quer, C. (1996). La egiptomanía en la España de Goya. *Goya: Revista de arte*, n. 252, pp. 367-381.
- Saguar Quer, C. (1997). Egiptomanía y arquitectura en España (1840-1940). *Goya: Revista de arte*, n. 259-260, pp. 386-406.
- Saguar Quer, C. (2006). *La corte de Faraón: egiptomanía en la arquitectura española*. En: J. A. González Alcantud (ed.). *El Orientalismo desde el Sur*. Barcelona: Anthropos, pp. 288-322.
- Saguar Quer, C., «Máquinas de conmemorar», en P. Moleón Gavilanes (ed.), *Isidro Velázquez (1765-1840), arquitecto del Madrid fernandino*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2009, pp. 321-339.
- Saguar Quer, C., «Un proyecto inédito de Isidro Velázquez: nuevo cementerio y ermita de la Sacramental de San Isidro», en A. Cañestro Donoso (coord.), *Scripta artivm in honorem Prof. José Manuel Cruz Valdovinos*, Alicante, Universidad de Alicante, 2018, pp. 1091-1115.
- Sales Ferré, M., *Compendio de Historia Universal.- Edad Prehistórica y Período Oriental: I; IX*, Madrid, 1883.

- Sánchez Doncel, G., *Presencia de España en Orán, 1509-1792*. Salamanca: Estudio Teológico San Ildefonso, 1991.
- Savary, C. E., *Lettres sur l'Égypte, où l'on offre le parallèle des mœurs anciennes & modernes de ses habitans, où l'on décrit l'état, le commerce, l'agriculture, le gouvernement, l'ancienne religion du pays, & la descente de S. Louis à Damiette, tirée de Joinville & des Auteurs Arabes*, 1ª edición, Paris, 1785.
- Schröder, S. F., *Catálogo de la escultura clásica*, Madrid, Museo Nacional del Prado, 2004, pp. 455-463.
- Schröder, S. F., «Marius de Zayas, el donante reencontrado», *Boletín del Museo del Prado*, XXII, 84 / lám. 5, 2004, pp. 455-463.
- Sen Montero, F., «El mundo maravilloso de los coptos», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 36, 2000, pp. 154-167.
- Thévenot, J. de, *Relation d'un voyage fait au Levant*, Paris: L. Billaine, 1665.
- Toda I Güell, E., *A través de Egipto*, Madrid, 1887, edición de La Coruña: 2020, pp. 14-63.
- Treviño Y Villa, M., «La escritura egipcia y su transcripción castellana en caracteres neo-latinos», *Misceláneas Egiptológicas*, 1, VII- IX. Madrid, 1909.
- Volney, C. F., *Voyage en Syrie et en Égypte, pendant les années 1783, 1784 & 1785*, 2, París, 1787, consultable en:< <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1041132.image>>
- Volkman, L., *Hieroglyph, Emblem, and Renaissance Pictography*, Leiden, 2018.